

Momentos de prueba
Rebeca Reynaud

Es historia repetida en la vida de los santos la de tener que sufrir indecibles padecimientos, y el Señor permite, a veces, que sean precisamente los buenos quienes sirvan de instrumento de tortura; es una prueba de amor no fácil de entender, ya que las vías del Señor son inescrutables, pero la divina Providencia puede sacar luz hasta de los errores humanos. A veces es enorme la proporción entre la causa y los efectos, que no cabe explicación, sin embargo, Dios así lo ha dispuesto para sus fines. Y a nosotros nos toca confiar en Él.

Ayuda mucho recitar un versículo de un Salmo que dice: El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién he de temer? Aunque acampe contra mí un ejército, mi corazón no teme; aunque estalle una guerra contra mí, estoy seguro en ella (Sal 27,1 y 3). El Señor es mi fuerza, ¿qué me hará temblar? Dios se complace en ti, se goza en ti. ¡A veces nos afectan tanto algunas cosas! El amor que Dios nos tiene es la única cosa firme, firme, firme.

En cierta ocasión en que el Fundador del Opus Dei pasaba por una tribulación, un obispo de Madrid, Don Leopoldo Eijo y Garay, le dijo: *Mire, José María: hasta ahora, el Señor quiso que V. tuviera de modelo al buen ladrón, para decir justamente estoy en la cruz! Desde este momento, su único modelo es Jesús en la Cruz, ¡vengan sufrimientos sin que haya motivo!* (cf. Vázquez de Prada, tomo II, p. 445)

Los primeros cristianos pasaron por muchas pruebas: de incompreensión, persecución, maledicciones..., y las llevaron con alegría porque se acordaban de que Jesús dijo: "Bienaventurados cuando los injurien, los persigan y digan cosas falsas de ustedes por causa mía. Alégrese y salten de contento, porque su premio será grande en los cielos, puesto que de la misma manera persiguieron a los profetas que vivieron antes que ustedes" (Mateo 5, 11-12).

San Pablo nos dice: *Luchamos en medio de la honra y de la deshonra, en calumnia y en buena fama; como impostores siendo veraces; como desconocidos siendo bien conocidos; como moribundos, y ya veis que vivimos; como castigados, pero no muertos; como tristes pero siempre alegres; como pobres pero enriqueciendo a muchos; como quienes nada tienen, aunque poseyéndolo todo* (2ª Corintios 6, 8-10). Y añade: "La leve tribulación de un instante se convierte para nosotros, incomparablemente, en una gloria eterna y consistente" (2ª Cor 4, 17).

San Pedro también comparte su experiencia cuando escribe: "No se sorprendan del fuego de persecución que ha surgido que ha prendido por ahí para ponerlos a prueba, como si les sobreviniera algo nunca visto. Al contrario, alégrese de compartir ahora los padecimientos de Cristo, para que, cuando se manifieste su gloria, el júbilo de ustedes sea desbordante" (1ª Carta, 4, 7-14).

Muchos deseamos atraer la benevolencia divina ¿pero cómo? El Papa Benedicto XVI dice: "Toda prueba aceptada con resignación es meritoria y atrae la benevolencia divina sobre la humanidad entera" (Mensaje para la 14ª Jornada mundial del enfermo, 11-II-2006). Ahora bien, hay que pedir al Espíritu Santo saber discernir "entre la

prueba, que nos hace crecer en el bien, y la *tentación*, que conduce al pecado y a la muerte” (CCEC, n. 596).

Se trata entonces, de edificar nuestra vida sobre cimientos sólidos, para no ser arrebatados cuando breme el vendaval o las olas furiosas del enemigo. Por eso Jesús dijo: “El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica, se parece a un hombre prudente, que edificó su casa sobre roca. Vino la lluvia, bajaron las crecientes, se desataron los vientos y dieron contra aquella casa; pero no se cayó, porque estaba construida sobre roca” (Mateo 7, 24-25).

Cristo nos podría decir: Contemplan mi sacrificio para que puedan soportar el suyo con serenidad. Les pido que me amen, ya que les he dado tanto amor sacrificándome. Para llegar a amarme es necesario atravesar los caminos más difíciles. En el dolor y el sufrimiento el hombre se rebela contra Mí, pero Yo, estando siempre en su corazón, aguardo en un rincón oscuro de ese corazón el instante en que la rebelión se transforma, primero en aceptación y luego en amor por mí. Porque Yo voy al encuentro del que sufre, aun en rebeldía, y consigo siempre traer al que sufre entre mis brazos; entonces, hablo al corazón doliente y le hago mis promesas de una alegría futura. El don más grande que hacemos a los hombres, es la fe. Es un don para la vida terrena y, sobre todo, para obtener la vida más allá de la vida.

*La vida de los cristianos conoce la experiencia de la alegría y el sufrimiento. Cuántos santos han experimentado la soledad. Cuántos creyentes son probados también en nuestros días por el silencio de Dios, mientras quisieran escuchar su voz consoladora. Las pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo (cf. Col 1, 24), son prelude de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co 12, 10). Nosotros creemos con firme certeza que el Señor Jesús ha vencido el mal y la muerte. Con esta segura confianza nos encomendamos a él: presente entre nosotros, vence el poder del maligno (cf. Lc 11, 20), y la Iglesia, comunidad visible de su misericordia, permanece en él como signo de la reconciliación definitiva con el Padre. (Carta apostólica **Porta fidei** del Sumo Pontífice Benedicto XVI, n. 15).*

Los periodos difíciles son los mejores para atestiguar el valor de las virtudes. Años atrás el Papa Benedicto XVI hablaba en una homilía de que “no hay amor sin sufrimiento, sin el sufrimiento de la renuncia a sí mismo, de la transformación y purificación del yo por la verdadera libertad. Donde no hay nada por lo que valga la pena sufrir, incluso la vida misma pierde su valor”¹. También señala que “María siguió con discreción todo el camino de su Hijo durante la vida pública hasta el pie de la Cruz, y ahora sigue también, con su oración silenciosa, el camino de la Iglesia”². Acudamos a su intercesión en estos momentos difíciles, para que nos haga fuertes ante el dolor.

El hombre es desdichado porque *no sabe* que es feliz. **San Agustín** escribió: “Dios lo que más odia después del pecado es la tristeza, porque nos predispone al pecado”. Efectivamente, la tristeza origina faltas de caridad, despierta el afán de compensaciones y permite, con frecuencia, que el alma no luche con prontitud ante las

¹ Benedicto XVI, Homilía en la inauguración del año paulino, 28-VI-2008.

² Benedicto XVI, Homilía en Marizell, 8-IX-2007.

tentaciones. "La tristeza mueve a la ira y al enojo", dice San Gregorio Magno (*Moralia* 1,31,31).

Ana Catalina Emmerick dice: "Las penas y las privaciones que uno se impone por amor de Dios, bien solo, bien en unión con otros, son fáciles de soportar; pero la Cruz más semejante a la de Jesucristo es aceptar, sin murmurar y con amor, acusaciones, afrentas y castigos injustos"³.

Decirle: *Señor, quiero ser tu discípulo amado, como San Juan*. Nos sentimos indignos. "Yo soy colado", nada de *colados*. Sé Señor que soy tu amado, que cuando me miras, me miras de un modo único. Si queremos ser del discípulo amado, hemos de decírselo muchas veces. Tenemos que tener un trato asiduo. Señor, ayúdame a descubrir que tú me amaste primero, toca mi corazón para que sea consciente de que **me** amas. Me atrevo a decirte que quiero ser tu discípulo amado. Nos podemos fijar en tres momentos. En unas palabras a seminaristas, Benedicto XVI el testigo debe ser algo antes de hacer algo. Benedicto XVI ve allí una verruga. Podemos ser expertos en el hacer, ¿pero lo de ser? Guau, allí somos un poco más torpes. El discípulo debe ser amigo de Jesús, para no transmitir sólo conocimientos de segunda mano, para ser testigo verdadero.

No hay modo de ser apóstol de Jesucristo si no hay inventiva, originalidad, iniciativa en mi afectividad. Darle sorpresas, sorprenderle. Consiste en saber tocar el Corazón de Jesús. Mucho antes que pecador soy amado de Jesucristo.

El contenido central de Juan, según entiende Benedicto XVI, es que Cristo es la verdad, y que se impone con su lenguaje de misericordia, a través de su Pasión. Pone en vigencia su verdad mediante la Pasión.

Ser siempre el discípulo joven que puede amar más.

³ Vida de Ana Catalina Emmerick, *Visiones y revelaciones*, tomo 1, Librería Espiritual, Ecuador, p. 121.